

RESEÑAS

Galeano, Diego (2018). *Delincuentes viajeros. Estafadores, punguistas y policías en el Atlántico sudamericano*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 288 pp.

Pablo González Lopardo¹

La propuesta de Diego Galeano transita los carriles de la historia social, poniendo el foco de análisis en los saberes y prácticas delictivas y policiales que atravesaron fronteras nacionales entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. La obra, que reelabora y modifica con nuevos aportes su tesis doctoral del año 2016, forma parte de una amplia producción historiográfica del grupo de investigación Crimen y Sociedad dirigido por Lila Caimari, y representa una continuidad con las investigaciones previas de la citada autora sobre la cuestión criminal en Argentina, retomando argumentos publicados en *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955* (2004), *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires, 1880-1940* (2008), *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940* (2009) y *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945* (2012), entre otros.

A partir de una gran cantidad de archivos policiales (entre los que se pueden destacar telegramas y comunicaciones, fichas antropométricas y dactiloscópicas, álbumes fotográficos, instrumentos de mediciones corporales, manuales de criminalística), discursos políticos, producciones académicas, así como también de fuentes judiciales y periodísticas, Galeano indaga de forma minuciosa sobre las escurridizas prácticas delictivas en el ámbito geográfico denominado *espacio atlántico sudamericano*, en referencia a la ruta que unía los dos grandes puertos de Buenos Aires y Río de Janeiro con las ciudades europeas (p.30), y, paralelamente, en la conformación de una intensa red de colaboración entre las fuerzas policiales de ambos países, en clave crítica al modelo difusionista que interpretaba al movimiento de ideas como un proceso de transmisión del centro a la periferia. También se analizan las representaciones en la prensa local y en la literatura, ámbitos en los cuales muchas veces los agentes policiales de cierta jerarquía la utilizaron como medio de difusión de su accionar.

¹ Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. Correo de contacto: pagonzalezlopardo@gmail.com

El libro contiene una introducción, seis capítulos y un epílogo. Sin embargo, de conjunto, la obra puede dividirse en tres grandes bloques: el primero aborda las consideraciones generales sobre el objeto de estudio (introducción y capítulo uno), el segundo examina el problema de los delincuentes viajeros desde la perspectiva policial (capítulos uno a cuatro) y el último lo interpreta desde el plano de la delincuencia internacional, reconstruyendo casos y biografías (capítulos cinco y seis).

En la introducción el autor analiza la cuestión de la frontera a la que entiende, no como un marco geográfico rígido y definido para delimitar un objeto de estudio, sino en su dinamismo complejo, como problemática misma a ser indagada. El espacio atlántico sudamericano aparece como un territorio signado por una intensa movilidad de personas y bienes, en el contexto de la inmigración masiva de fines del siglo XIX y principios de siglo XX, y de los adelantos tecnológicos en la navegación y el transporte marítimo. De esta forma, la relación entre delito, ciencia y modernidad formará parte del problema de la movilidad delictiva sobre el cual gira el libro.

En el primer capítulo (Cartografías del delito en América del Sur) Galeano desarrolla la preocupación de las autoridades policiales por los delincuentes viajeros y, como consecuencia de ello, el comienzo de diferentes acciones de coordinación entre las policías de distintos países. Retoma los discursos criminológicos y policiales que denunciaban la presencia de criminales viajeros infiltrados entre los inmigrantes en estas dos grandes ciudades, con modales típicos de las clases sociales acomodadas, vistiendo ropa elegante, en apariencia de *gentleman*. Esta particularidad hizo difícil la tarea de detectarlos al no integrar las filas de los desclasados de la modernidad. Esta nueva aristocracia del delito requería una policía digna de ellos (p. 70).

En los capítulos segundo (Las policías extranjeras), tercero (El *bureau* y el laboratorio) y cuarto (Encuentros de policías), el autor aborda el problema de la policía nacional frente a los delitos transnacionales desde una perspectiva que analiza los intercambios y la transmisión de saberes, la publicación de revistas especializadas y los encuentros de especialistas de diferentes países, las visitas oficiales a Europa ¿Cómo enfrentar la creciente movilidad del delito?, fue la pregunta clave del momento. La inquietud de las agencias policiales respecto de cómo identificar reincidentes es otro aspecto sobre el cual avanza Galeano, examinando las nuevas tecnologías que las oficinas policiales fueron adquiriendo, primero mediante la adopción del sistema antropométrico francés -que consistía en un sistema de medición corporal y de clasificación de fichas cuya función era identificar delincuentes reincidentes y posibilitar un sistema de

intercambio de información entre las policías- y luego la implementación del sistema de fichas dactiloscópicas ideado por el argentino Juan Vucetich –que rápidamente se convertiría en el nuevo lenguaje universal–. Por su parte, se identifican las tensiones que había entre los defensores de ambos sistemas (p. 137). Las expulsiones de extranjeros de dudosa procedencia y de delincuentes se basaban en el intercambio internacional de información policial.

La preocupación por la cooperación policial internacional es abordada por Galeano de forma minuciosa, destacando los encuentros en Río de Janeiro en ocasión de la visita protocolar del presidente Roca en 1899, donde se dieron los primeros pasos en la idea de la colaboración entre las oficinas policiales de ambos países, hasta la realización de los Congresos Sudamericanos de Policías en 1905, con una faceta marcadamente criminalística, y, en 1920, con una perspectiva fuertemente política, cuya preocupación giró en torno a la defensa social frente al peligro anarquista. La idea de que el delito era una industria internacional avalaba el objetivo ideal de la conformación de una policía mundial. En estos congresos y encuentros se puso de resalto la insistencia de las policías de avanzar la creación de canales de comunicación sin intermediarios, en la idea de eludir la custodia que ejercían el Poder Judicial y las autoridades diplomáticas. Un reclamo recurrente en este sentido fue la posibilidad de perseguir el delito más allá de las fronteras nacionales sin seguir engorrosos trámites burocráticos.

La movilidad de los delincuentes obedecía a dos razones que son analizadas en el libro. En primer lugar, la intensa persecución policial que hacía imposible continuar el delito en ciertos lugares. Por otra parte el atractivo de las grandes ciudades sudamericanas con su progreso económico en aumento. Las nuevas oportunidades que se abrían a partir del mejoramiento en el transporte permitieron evadir la persecución de la justicia como para encontrar nuevas oportunidades en otros sitios. Resulta interesante la contradicción que alude Galeano en relación a que no siempre el trabajo cotidiano que realizaban las agencias nacionales era compatible con la cooperación policial internacional, toda vez que muchas veces, cuando se impedía el ingreso a extranjeros, se les permitía seguir viaje a otro destino sudamericano, lo cual demuestra las limitaciones de la cooperación policial. A esto se le suma la desconfianza entre las agencias de distintos países por las expulsiones masivas, lo cual hacía necesario extremar los controles en los puertos.

En los capítulos cinco (La sociedad de los malhechores) y seis (La aristocracia del robo), el autor se aproxima el complejo mundo de la delincuencia internacional, ese terreno cenagoso de las prácticas

delictivas (p. 185) ¿Quiénes eran estos delincuentes viajeros?, se pregunta Galeano. No formaban parte de los sectores populares pero tampoco eran miembros de la alta sociedad, no eran rateros de poca monta y tampoco agitadores sociales. A partir del relato de casos destacados, se mencionan algunas características del delito internacional, como la adopción de las nuevas tecnologías aplicadas al crimen, el traslado y la movilidad de los delincuentes, así como también el cambio operado en la forma, es decir de los delitos típicamente violentos a delitos más sutiles. Se fue configurando de esta forma una profesionalización de la delincuencia. Estos aspectos permitieron a estos *profesionales del delito* operar exitosamente y moverse entre diversas ciudades del espacio atlántico, sea para eludir la justicia, sea en busca de nuevos ámbitos para su accionar.

Una característica significativa fue la tendencia a la formación de bandas delictivas de relativa extensión, en lo que es identificado como los primeros pasos del crimen organizado. Se pusieron en pie extensas redes de apoyos que tenían actividad en diversos países de la región. A manera de ejemplo, el libro da cuenta en detalle del accionar de la llamada *Mafia Criolla* a partir de las memorias de un comisario. Galeano también se adentra en la *jerga* de los delincuentes, poniendo de manifiesto sus propios códigos, a los que lee como un testimonio lingüístico de la circulación de delincuentes en Sudamérica y de la multiplicidad de intercambios en las prácticas y saberes delictivos (p. 214). Por último, aborda la llamada aristocracia del robo, el delincuente sofisticado, con buenos modales, bien vestido y muchas veces bilingüe, reconstruyendo los *modus operandi* de este tipo de delincuencia, que se caracterizaba por el robo inteligente, sofisticado, sin uso de violencia física. A partir del caso del Dr. Antonio, un delincuente carioca, reconstruye la dinámica del llamado *ratón de hotel*, un ladrón refinado en sus métodos, con un estilo de vida burgués.

En síntesis, el libro constituye un aporte significativo para la historia social en general y en particular para la historia del delito, por su importante trabajo de archivo mediante el rastreo de fuentes poco frecuentadas, así como también por el método de análisis en clave comparativa entre dos escenarios diferentes, pero con puntos de contacto. Galeano avanza satisfactoriamente en la tarea de desentramar los saberes y las prácticas delictivas caracterizadas por una intensa movilidad internacional en todas sus dimensiones, y paralelamente reconstruye los intentos de configurar un sistema de colaboración entre policías de diferentes países para enfrentar estas redes de delincuentes viajeros. También demuestra el origen de los mecanismos de control transnacional a partir de los vínculos que se tejieron entre policías de diferentes países, sudamericanos y europeos, los cuales se dieron de